

OBSERVACIONES DE UN CONSERVADOR DE CENTRO*

Las imbricaciones y tangentes entre Estado y sociedad civil son parte de una incertidumbre que define nuestro presente y amenaza nuestro futuro. Son algo que tiene que apasionar y fascinar a cualquier observador de la política y de la vida pública. Y quizás más en España. Estado y sociedad civil pueden parcialmente equipararse a los sistemas ferroviarios. Unos existen para que los otros circulen; pero pertenecen a entidades distintas, públicas o privadas. Su responsabilidad es la misma, que los viajeros lleguen a su destino pero divergen en su historia y en sus capacidades. El raíl puede haber servido para la máquina de vapor y para el AVE, el mismo raíl, el mismo trazado. Y todo el sistema ferroviario, concebido explícitamente como servicio público o como empresa privada, aún en muchas ocasiones el poder altruista y el poder egoísta de la naturaleza humana. Estamos ante dos terrenos de juego distintos que no pocas veces se solapan, con divisorias borrosas. Digamos que una sociedad civil se compone de individuos que interactúan tanto según normas generales imparciales como por órdenes espontáneos y en torno a un común deno-

Valentí Puig es Escritor.

* Este artículo corresponde a la redacción final de la intervención en el Campus FAES 2011.

minador mínimo de valores compartidos. El Estado es el monopolio de la coerción, basado generalmente en la fuerza, con un territorio y con fronteras, con la capacidad de preservar la ley y el orden. A mi entender, ahí está la diferencia. Y las sociedades abiertas operan en esos márgenes, de cada vez más complejos según las sociedades incrementan su complejidad.

SCALEXTRIC SIN FIN

Pero más allá, desde la observación elemental, al considerar lo que es la sociedad y lo que es el Estado, lo que veo es un inmenso scalextric, un scalextric que no tan sólo no tiene meta final sino que a veces se asemeja a la maraña de un plato de espaguetis o, si buscamos un símil más estético, las figuras arquitectónicas de Escher, esas figuras imposibles, espejos, escaleras, las famosas manos que se dibujan la una a la otra. Es un scalextric del cual podemos saber por donde entramos pero raramente sabemos por dónde saldremos. Entiendo el dibujo de la dualidad Estado-sociedad civil como un logro del pensamiento conservador, pero no convierto eso en acto de fe. Sí, en cambio, sostengo que las confusiones negativas entre Estado y sociedad civil han procedido generalmente del pensamiento colectivista, llamémosle socialismo o también socialdemocracia. Y ahora mismo, estamos en un momento crucial en los cambios sociales y en la transformación del Estado. Un momento para profetas, sin duda, pero mejor para zambullirse en el pasado y regresar al presente con algo de futuro, como los pescadores de perlas. Eso nunca se hace con bastante humildad, como se ve en los estantes de las librerías. Tocqueville escribe en una carta que nadie que haya estado presente en la destrucción de organizaciones sociales o religiosas puede predecir lo que vendrá a continuación. Es una advertencia de utilidad en esta época de predicciones constantes sobre la economía o el clima.

El Estado pone los raíles, las formas del Derecho, la trama del imperio de la ley, y por esos raíles circula la sociedad, ejerciendo sus libertades, creando nuevas instituciones, operando en los mercados de toda naturaleza como ámbitos para la libertad de elección del individuo. Y aquí llegamos a una disyuntiva: ¿qué Estado requiere una sociedad compleja? ¿Hace falta cambiar los raíles?

Para bien o para mal, el impacto de la recesión obliga a hacer de la necesidad virtud y a enfrentarse a rasgos de la sociedad que hasta ahora preferíamos ignorar. El impacto macroeconómico de una recesión desfigura el perfil estático de una sociedad y acelera la fuerza de nuevas microtendencias generalmente erosivas y centrífugas. Por lo general, son microtendencias de fragmentación, de repliegue drástico. La desconfianza linda pronto con el miedo. Tantas cosas han perdido su garantía de imperecederas que la recesión rebasa el ADN económico y afecta a la conciencia moral. Ocurrió históricamente con las hiperinflaciones más graves. Alteraron incluso la cotización cotidiana de la vida humana. Tras el derrumbe del mercado inmobiliario, la destrucción de ahorro o la avalancha del desempleo, se ve lo casquivana que ha sido la noción postmoderna. Clonaciones, chateo digital, hipotecas tóxicas, anorexia moral, nuevas guerras: hasta ahora habíamos preferido mirar para otro lado.

El crédito y la inversión están bloqueados. El paro aumenta con zozobra. Han asomado los fallos sistémicos de la economía española. Retracción y presencia inmigratoria podrían tener efectos de dislocación social. Somos una sociedad más fragmentada e inconexa. Quizás surjan nuevas vinculaciones pero el paro –por ejemplo– destruye reservas inmensas de autoestima profesional y personal. Como en ocasiones anteriores, ¿podrá la familia absorber tal choque? Mientras se discute si más Estado o más mercado, ¿reaccionaremos con más familia? Tenemos ahora mismo una familia más endeudada, acuciada en no pocos casos por la pérdida de la vivienda, con riesgo de dos y tres parados por casa, con evaporación de microempresas de raíz familiar. Baja el consumo. La erosión de la clase media europea es un espectáculo de ansiedades.

SOCIEDAD MÁS VIEJA Y MENOS ADULTA

Tal pérdida de confianza representa ineludiblemente un deterioro de capital humano. Si a inicios de siglo aparecían fórmulas positivas para readaptar el Estado de bienestar en Europa, hoy vamos a una coyuntura con más jubilados y menos trabajadores. Es un grave riesgo para la contabilidad intergeneracional. La percepción más a mano es que la juventud española ha

tardado en notar los efectos de la crisis económica porque emerge de una fase de hiperprotección, de un sistema familiar que por una mutación de valores ha cobijado un narcisismo postadolescente que le teme a la realidad, por muchos *master* que haya estudiado. En general, las últimas generaciones pudieran tener en común haber sido excesivamente protegidas, una circunstancia que las hace mucho más frágiles y vulnerables, como explican psicólogos y analistas de la vida social. Para unos chicos frágiles, si la recesión les afecta ásperamente, el mundo se convertirá en algo del todo incomprensible, un colmo de injusticias y desamparos. De hecho, somos una sociedad de cada vez más vieja y menos adulta.

En situaciones así, vincular inmigración con inseguridad comporta agravios comparativos. Radicaliza actitudes. Ha ocurrido con la emergencia de partidos de extrema derecha en casi toda Europa. Es la antipolítica. En el *grand prix* del crecimiento económico turbo-rápido todos –o casi todos– habíamos acelerado demasiado el gasto, el consumo y el endeudamiento. No pocos disfrutaban de la existencia con esa holgura apabullante que ofrece el vivir de prestado a bajo coste. Y estamos en la primera década del siglo XXI, en una sociedad postindustrial, en los inicios de la sociedad del conocimiento y en un mundo globalizado. Es la primera grave crisis de la globalización y con el euro.

En la línea de ese horizonte, España es una sociedad en transición hacia no se sabe dónde. Eso queda muy acentuado por el severo deterioro económico, especialmente a consecuencia de lo que representa el zapaterismo en casi todas sus facetas y especialmente en su final agónico. Todo diagnóstico carece de la unidad necesaria, sin lograr ver más allá de la fragmentación. Políticamente, las ramificaciones son inestables y volátiles. Los pronósticos son de fluctuación tan constante como irregular. Si buscamos un margen de perspectiva histórica, el crecimiento económico acelerado extendió la capacidad adquisitiva de las clases medias a sectores sociales que no habían conocido la lenta sedimentación de valores e intereses que define los arraigos históricos y morales de una clase media. Antes, cayeron las fichas de dominó de la década de los sesenta, en detrimento de presuposiciones que hasta entonces se transmitían entre generaciones agregando consistencia a las franjas medias de la sociedad. Ese largo efecto llega a Es-

pañá y se propaga introduciendo bruscamente nuevas formas permisivas que coinciden con las postrimerías del franquismo. Instituciones como la familia, la escuela o la religión vieron mermada su aserción. Figuras como el padre o el profesor pierden su condición de modelos a imitar. El anti-autoritarismo alcanza a impugnar la autoridad legítima del padre o del profesor. Tiene su lógica: consumada la ruptura de vínculos, entraron en escena nuevas generaciones ya naturalmente desvinculadas.

La sociedad española, tal vez por sus propensiones miméticas, se deja llevar por efectos pendulares. Por el contrario, desde un punto de vista conservador consideramos que los ajustes, las matizaciones en el orden social, tienen que ser siempre graduales y con un objetivo predominante de estabilidad. De aquí el carácter negativo de las políticas multiculturalistas, por ejemplo, porque destruyen coherencia cultural y moral.

LA INVENTIVA COMO FUTURO

¿Qué esperanzas? Nada está escrito para siempre. El determinismo fue el gran error del siglo XX. Por fortuna a veces y otras por desgracia, la humanidad inventa algo, inventa cosas. La imprenta, la máquina de vapor, el algoritmo, la energía nuclear, el chip, la revolución verde. Y eso puede volver a ocurrir. Francamente, soy de aquellos que creen que, sin caer en el tecno-optimismo, eso va a volver a ocurrir. La capacidad inventiva del ser humano es portentosa, como su capacidad para el mal. Por ejemplo: para las jóvenes generaciones, romper el tabú de la inmovilidad laboral puede ser clave, porque representa adecuar la búsqueda de trabajo a la nueva capilaridad social y de infraestructuras, incentiva el sistema de redes y puede descargar la Seguridad Social de un lastre en incremento desasosegante. La complejidad es alta; la fórmula, clara. Ir en busca del puesto de trabajo sin esperar que el puesto de trabajo te venga a buscar. Es la sociedad de oportunidades. Cambiar de ciudad, romper la crisálida de alternativas hasta ahora posibles pero improbables. Los más decididos pueden encontrar en la España conectada por el AVE –hoy sobredimensionado– un nuevo sistema de oportunidades. Nuevas tecnologías, sociedad de servicios, microempresas y geografías por urbanizar. Puede a su modo generar cohesión

nacional y más capacidad de elección. Está claro que queremos pertenecer, pero eso no es incompatible con una productividad mayor.

Entre tantos diagnósticos en contradicción y tantos análisis sociales a corto plazo, al considerar lo que es y cómo se articula la opinión pública española nos damos cuenta de que ahí falla casi todo. Falla lo que llamábamos cultura general y falta el propósito de ir más allá. Falta la curiosidad elemental por el conocimiento. Falta el afán de leer, el hecho de leer como lugar central de la formación del individuo, de la persona. El libro no interesa en una sociedad que ha prosperado vertiginosamente; pero es que tampoco interesa en una sociedad que pasa por una recesión económica. Y no haría falta recordar que existen bibliotecas, que hay libros de bolsillo a muy buen precio, que hay emisoras de música clásica, grabaciones de música clásica a precio bajísimo, y lo mismo podríamos decir del DVD o de la asistencia a teatro o música subvencionadas para la población escolar o para la tercera edad. A veces uno llega a sospechar que un acceso tan cómodo y fácil es un factor de distanciamiento. Y luego está la TV generalista, uno de los grandes fracasos, en España, de lo que puede llegar a ser una sociedad abierta. Es constatable que en España, por lo general, no se lee y que eso afecta de lleno a la articulación de las opiniones públicas. El ciudadano medio carece de opiniones estructuradas y se informa episódicamente. Es una opinión pública que no se resiste a la polarización inducida. Algo tiene que ver el fenómeno Belén Esteban con esa desasistencia general. Incluso los políticos con más discurso no tienen margen para expresarlo. Hoy lo que se pide es simplificación, por contraste con la necesidad de instalarse en la complejidad. La figura del intelectual ha sido suplantada por el tertuliano. Francamente, no hay ahora mismo en España ni un Julián Marías que pueda ayudarnos a opinar con sensatez.

EL NUEVO RICO

¿Somos una sociedad de rasgos antiintelectualistas? Ciertamente, algo se ha extraviado en el ir y venir del scalextric. En el mundo en que nací y crecí había un respeto –a veces el respeto por lo que se desconoce tanto que se connota de un misterio– por las personas que sabían algo. Hoy hay una in-

diferencia muy grande, si no un cierto desprecio. Seguramente porque todas las opiniones valen lo mismo. Es la propagación de la mentalidad de nuevo rico, del todo insana en un momento en que nos estamos empobreciendo. El *reality show* iguala, y la tertulia mediática iguala, si no es que –como ocurre de cada vez más– premia a quien más chilla o a quien más impreca.

Esa cultura de nuevo rico gusta de romper vínculos. Dicho de otro modo, los desconoce y, por lo tanto, los desprecia. Con todos sus excesos, el sistema de la cultura francesa tiene un efecto de autoestima que impregna –o impregnaba– toda la sociedad. Esa idea de continuidad en el tiempo se convierte a la vez en parte de la memoria como vínculo con el pasado, como vínculo entre los ciudadanos de hoy y entre las distintas generaciones. En España, ese panorama hoy por hoy es estéril. El éxito económico parece ser la prueba irrefutable de que el saber es inútil; del mismo modo que el empobrecimiento recesionario lleva a pensar que ahora no es momento para perifollos. Toda la idea de transmisión de saberes y valores ha pasado por un grave deterioro, como memorizar en las aulas, dibujar en las escuelas de arte, respetar a quien educa porque es quien más sabe y por eso educa. Como la figura del padre, la del profesor ha pasado de ser un modelo a ser a lo máximo un coleguilla.

La cultura es “pop” por una inercia de nuestro tiempo. Por suerte hay gente que acude a los conciertos de música clásica o al teatro. ¿Es eso un nuevo público al haberse eclipsado bastante el público de clases medias ilustradas? Tal vez vayamos a una divisoria ente quien lee y quien no. Lo que se llaman élites cognitivas. Pero por ahora las minorías creativas no aparecen en la sociedad civil española. Es más: todo parece irles en contra. De una parte, la incultura del nuevo rico; por otra, la cultura de la trasgresión. Eso implica dos hechos: un cierto resentimiento con la tradición, con el hecho de que Lope o Verdi debieran ser interpretados según un canon y no llenando el escenario de inodoros o esvásticas. En segundo lugar, una crisis de creatividad, porque lo natural sería la hegemonía de los autores de nuestro tiempo y no de los directores que parasitariamente dirigen a Shakespeare como si fuesen Almodóvar. Eso y a la vez un creciente emocionalismo que tuvo un hito con la muerte de *lady* Di y que se identi-

fica de modo ciego sin analizar lo que realmente ocurre. Entramos en la política sentimentalista. Sin saber quién es Gadafi, le vemos en televisión y pedimos que se le haga la guerra. Y mañana, a otro. Ésa es una trampa de mucho peligro para la política que quiera ser efectiva.

Sucesivas promociones de estudiantes desmotivados llenan las aulas, sin curiosidad alguna ni más interés que sus horas de ocio, los amigos, el vivir al día. De cada vez tenemos más fracaso escolar. Son muchachos emocionalmente muy vulnerables y son la misma generación a la que pertenecen los nuevos violadores y delincuentes. Entre la apatía y la violencia fluctúa una juventud que muy contadas ocasiones ha tenido para asimilar la noción de responsabilidad. En general, participan de una dicha altamente evaporable que consiste en ver prolongado el estado juvenil hasta los treinta años.

La extremada inarticulación expresiva de esos jóvenes –y no tan jóvenes– que se prestan a todo programa de televisión tiene sus vínculos con un autismo moral en expansión alarmante. Pequeños clanes rupestres y violentos, aunque en un segundo plano resplandezca la pantalla del *home cinema* y ninguno carezca de móvil último modelo. Hijastros de la sociedad de la abundancia, con el choque de la recesión económica van a convertirse en lo fácilmente imaginable. La cultura de la dependencia, instigada por una combinación de buenas intenciones y de generación de voto cautivo, puede llevar a caminos muy tortuosos.

¿Qué tiene que ver con todo esto la religión? A mi entender, aunque sea a menudo incómodo, ingrato, para un cristiano se trata de vivir en la contemporaneidad sin renunciar a las lealtades. Participar, creyentes y no creyentes, desde sus compromisos de creencias y valores, en la gestión colectiva del conflicto y la diferencia. Aceptar un articulado de ética civil para el desempeño de la convivencia se refiere a la interacción en sociedades pluralistas, buscando convencer, pero sin renunciar.

Hace falta que las opciones del mundo católico estén de viva voz en la plaza pública, como componentes activos del pluralismo democrático. No menos cierto es que la estrategia de ofensiva del laicismo provoca la reacción

neointegrista. Frente a la estrategia de un repliegue que representaría el fortalecimiento de reductos de la fe en una sociedad desvinculada, existe la tesis de quienes creen mucho más fructífero no abandonar el territorio en el que chocan, se solapan o encabalgan tensiones y tendencias sociales nuevas. Es una reflexión muy sabia de Octavio Paz en *Itinerario*: “La democracia moderna postula una prudente neutralidad en materia de fe y de creencias. Sin embargo, no es posible ni prudente ignorar a las religiones ni recluirlas en el dominio reservado de la conciencia individual”. Paz subraya que la separación entre religión y política es saludable y debe continuar: “Pero la religión puede mostrarnos nuestras carencias y ayudarnos a redescubrir y recuperar ciertos valores”.

En no poca medida, la privatización –la fe religiosa como cuestión privada que conviene retirar del ámbito público– fue incentivada por la socialdemocracia en sus años hegemónicos. En la lealtad casi unívoca a la autonomía individual, la fe religiosa como algo heredado y no elegido personalmente ha perdido casi toda su consistencia social y su valor de cohesión. Es el apogeo de la espiritualidad a la carta, echar lastre de lo que sean identidades que nos fueron legadas. La contrapartida es un eclipse parcial en el ágora, porque al mismo tiempo de cada vez se ve mejor que el lugar de la fe y de la religiosidad eran irremplazables.

Truncada la transferencia de valores cristianos entre padres e hijos, el catolicismo ya no es un vínculo. Es una opción que está sometida a los embates propios de la competencia en un mercado de la religiosidad en el que las formas religiosas más solicitadas son las que cada uno cree confeccionarse a su medida. Hay un nuevo ateísmo de notable militancia, pero también ocurre que incluso políticos explícitamente agnósticos reclaman hoy para la sociedad elementos de anclaje moral que refuercen la familia, el sistema educativo, y en general la cohesión que permite los lazos intergeneracionales que sustentan el Estado de bienestar o que alivian el desamparo de una sociedad atomizada. Insiste Michael Sandel en que no podemos concebirnos a nosotros mismos como individuos “desvinculados” si no es a costa de aquellas lealtades y tradiciones que nos sitúan en el mundo y confieren a nuestras vidas su particularidad moral. Para el creyente católico que no se sustrae a los deberes de ciudadanía, su fe requiere un cauce para ex-

ponerse a la temporalidad de nuestra época, si se trata de asumir lo que significa la sociedad abierta, lo que llamaríamos la transigencia en esa gran conversación de todos que es aportar cada uno algo al bien común a sabiendas de que no existe una noción del bien común absolutamente compartida por todos.

El zapaterismo dijo proponerse una separación estricta entre Iglesia y Estado, pero en realidad lo que se pretendía era desvincular de cada vez más la religión de la sociedad. Ése es el asunto, porque para la sociedad actual las relaciones entre Iglesia y Estado han sido suficientemente aclaradas. Pero ahí ha aparecido el Estado.

La cuestión insolventada del modelo territorial reaparece siempre en los momentos más inoportunos. Es asunto de gran influencia en las oscilaciones de la temperatura pública. Para Víctor Pérez Díaz, un escenario negativo a medio plazo puede ser no tanto el de una ruptura cuanto el de un aumento de la entropía del sistema. Por tanto, desconfianza, empeoramiento de los modos políticos y sentimiento difuso de irritabilidad. Se suma a la incompetencia del Gobierno Zapatero a la hora de manejarse en la recesión, a las corruptelas políticas de todo signo, a la lentitud angustiosa de la justicia y, en otra dimensión, a la pérdida de peso internacional de España, como se constata en los procesos de decisión de la Unión Europea.

Comprobamos que ningún Gobierno puede saber lo suficiente sobre una sociedad para planificarla, y a la vez tenemos entre manos un Estado de bienestar de unas dimensiones sin precedentes. No es casual que vuelva a hablarse, en la Unión Europea, de economía social de mercado.

En esa misma Unión Europea, con la aparición de nuevos populismos, las renacionalizaciones instintivas y el efecto regresivo de la recesión indudablemente han introducido mucho recelo ante lo que venía siendo el despliegue de la globalización. Los partidarios de una reacción proteccionista están en todas partes, y a ambos lados de Atlántico. El riesgo está, una vez más, en simplificar. Lo advierte Pascal Lamuy desde la Organización Mundial de Comercio, contra los rearmes arancelarios. En realidad, los mismos conceptos de importación y exportación se están transformando.

Un Airbus, un “iPhone” no son producidos en un solo país, sino que pueden serlo en tres o cinco, en cadenas de fabricación multinacional.

Ahora mismo, y no sólo con el caso libio, las disquisiciones sobre la intervención humanitaria o el derecho de injerencia centran el debate de eso que llamamos nuevo orden mundial por llamarlo de alguna manera. La Convención de Ginebra ya no cubre la realidad de las nuevas guerras, como ha ido cambiando la distinción entre combatientes y no combatientes. Ahí el peligro del irrealismo jurídico es notable. Todo proyecto absolutista sólo acarreará mayores problemas. Ahora parece estar en boga la utopía de un cosmopolitismo que las tragedias históricas de ayer y de hoy desaconsejan rotundamente. ¿Cómo compaginar lo que son las soberanías nacionales –el orden internacional de Westfalia– con la intervención humanitaria *manu militari*? ¿Qué consenso internacional es posible en momentos en los que Rusia y sobre todo China tienen tanto en peso, y en las Naciones Unidas? ¿Cómo precisar al máximo la definición de genocidio o de criminal de guerra? Por lo mismo nos preguntamos hacia dónde irán los nuevos autoritarismos.

Y, ¿dónde queda la política? Para unos en el ámbito de la sociedad civil; para otros, en el marco del Estado. Supongo que, al margen de las definiciones de manual, es una cuestión de hipertextos. Angelo Panebianco dice que la política es a la vez madre y madrastra de la libertad. Garantiza condiciones para la libertad individual y al mismo tiempo la amenaza y la limita.

Veamos el caso del zapaterismo. Entendíamos –como Tocqueville– que la experiencia y las costumbres preceden a las leyes. El zapaterismo, al contrario, usa de la política para que las leyes transformen las costumbres. Es un ejemplo muy concreto. En general, el episodio del zapaterismo ya ha representado una malversación manifiesta de la política. Han sido ocho años perdidos y, es más, irrecuperables. Y en general, lo que vemos es que la política se ve restringida a ser un apaño para situaciones imprevistas, un taller de parcheo, irremisiblemente coaccionado por ciclos que incluso son de menor alcance que los ciclos electorales. Sí, los imprevistos.

Lo cierto es que intelectualmente y moralmente, necesitamos renovar la pasión política para tener las energías necesarias para acometer las re-

formas del Estado e incentivar la sociedad civil. Yo lo veo de una cierta urgencia. Estado, sociedad civil, individuo o persona. Las figuras de Escher sirven para hacernos pensar en laberinto, en un mundo de hipervínculos como la informática. Pero quizás cualquier observación de un conservador de centro no es más que un bucle perdido del scalextric.

PALABRAS CLAVE

Pensamiento político • Sociedad civil • Estado • Formas actuales de pensamiento antiliberal

RESUMEN

El autor reúne algunas reflexiones sobre hacia dónde se encaminan en nuestros países occidentales las relaciones entre la sociedad civil y el Estado. En torno a ello, el texto repasa el papel de instituciones clave como la familia, la escuela y la religión, señala la pérdida de ejemplaridad en figuras como la del padre y el profesor, y apuesta por una renovación de las clases medias y de la política que acometa las reformas necesarias para incentivar la sociedad civil y evitar la fragmentación actual.

ABSTRACT

The author brings together some thoughts on the relationship between civil society and State and where it is heading in our Western countries. In this context, the text goes over the role of key institutions such as the family, school and religion, it points out the loss of exemplarity by figures like the father and teacher, and encourages a renewal of the middle classes and politics to undertake the necessary reforms to stimulate the civil society and avoid the current fragmentation.